

De Sociología¹

Es altamente positivo que el ingente desarrollo que viene operándose desde poco más allá del cuarto de siglo último y que supera, como práctica al menos y afortunadamente, a todo cuanto se hacía o tanteábase hacer por aquel entonces en lo relativo a sociología pura, obedece, digo, a dos factores bien distintos entre sí y que sin embargo convergen ambos hacia la misma finalidad, que será, ésta: la eficaz emancipación del *magnánimo cuarto estado*, así como la verdadera cuanto omnimoda regeneración de toda ¡toda! la humanidad.

Que el primer factor tiene por causas fehacientes e indiscutibles el fatal y perenne abocamiento al pauperismo creciente, producido por los egoísmos e indiferencia de las *parasitarias y chupópteras clases directoras*, y también, la misérrima condición de vida en que vegetan hoy las por demás *sufridas clases laborantes*, productoras de todo y dueñas de nada, es a todas luces punto menos que innegable, o si se quiere, más claro aún: que la vida del obrero es tan precaria y su situación tan apurada siempre, que no se le puede acortar ya más la mísera ración a que se le tiene condenado, puesto que se le hace imposible ya el poder vivir, siquiera medianamente y aun trabajando, en la mayoría de las industrias, no ya en las de fantasía, sino hasta y todo en las más indispensables, y eso, no tan sólo y quizá con mayor penuria en nuestros mal regidos estados europeos, sino también en las nuevas Indias americanas, y en donde quiera que haya hombres que *monopolicen, dirijan o manden* a sus semejantes: ya sea en forma de repúblicas unitarias o federales, ya, y peor todavía, en monarquías absolutistas o constitucionales. Claro se está, que ningún gobierno burgués (por el presente todos lo son), hará nunca nada para resolver

el problema social, ni tan sólo algo, por ínfimo que sea, en provecho o para acallar la misérrima situación del paria obrero de esta edad moderna, puesto que es élla (la burguesía) la que como *clase directora o civilizadora!* fomenta, por el contrario, el malestar, eternizándolo con su inicua explotación en todo el globo en que pueda, por la inmunidad de mando que a sí se atribuye.

En apoyo a lo dicho están ahí las múltiples estadísticas *oficiales* de todos esos países *civilizados*, las cuales estamos ya hartos de comparar una vez más, tras otras tantas, con las nuestras españolas, restando para nosotros siempre con un elevado *déficit*; esto es: con exceso de horas de trabajo en algunas industrias, con menos salario en todas, eso al través de las huelgas, porque hay que tener en cuenta el alza continua en los alquileres de las arrabaleras y destartaladas buhardas en que vivimos aislados, casi relegados de las céntricas urbes, y de la carestía siempre creciente (única verdadera en progreso), de los comestibles, pero sí, esos son, si caber puede, de la peor calidad, como diré más abajo.

Lo que va expuesto, que dicho así lisa y llanamente parecerá incongruencia a la jocunda clase media, y más aún, a todo dineroso holgón, cualquiera de esos que viven en constante holgura sin percatarse del malestar que aflige de continuo a los demás congéneres o semejantes suyos; es, digo, y quiero afirmarlo, la causa inicial de la rápida degeneración de raza que nos está minando desde ya lejana fecha, no sólo aquí, sino en los dos hemisferios del terráqueo globo.

Veamos un ejemplo: supongamos, y el caso no es hipotético sino muy concreto, a un individuo sano y robusto, pero que éste sale cada día con mayor derrengadura de su trabajo, ya sea manual, ya intelectual, y luego ese tal debe nutrirse, forzosamente, con unos malos garbanzos, o berzas, o maíz, o

¹ Trabajo de un colaborador muy distante de nosotros.—L. R.